

SE CONSUMEN

Guillem Carbonell

Muchas personas viven en el dolor y el dolor es leña de muchos fuegos. Nuestros vecinos ardían en deseos de saber qué había pasado, como si no tuviesen -y efectivamente no tenían- nada mejor que hacer.

Jesús y Caín, hermanos seminaristas en la Congregación del Nuevo Advenimiento, éramos nosotros. Por el día rezábamos, por la tarde trabajábamos y por la noche dormíamos. Había sopa en todas las cenas y siempre se desayunaba fruta. Éramos prisioneros de nuestra propia voluntad en una abadía orbital.

Desde aquí Universo es distinto. Entre nosotros y el creador hay un falso vacío lleno de radiación; renunciamos a la atmósfera por las mejores vistas. De vez en cuando hacemos paseos espaciales para reparar la cubierta exterior y si miramos al norte vemos la Transorbital 60 dirigir los camiones.

Es una vida sencilla, tranquila y hasta aburrida. Ser un adolescente aquí exige resistencia mental adicional. Llevamos trabajando los campos desde que se estropeó la segadora.

Aunque un día Jesús tuvo una idea. Ninguno de los dos pensó que podía ser una mala idea, porque las ideas ni son buenas ni malas hasta que no se ejecutan. Pasamos por alto que a muchos podría molestarles.

Hace dos años emulamos la figura de un mesías con un proyector que robamos de la sala de ciencias. Escurrimos el holograma entre los árboles que bajan hasta el comedor un día de celebración; los comensales dejaron los platos para mirar por la ventana. Por la tarde todo el mundo hablaba del acontecimiento en grado alguno, desde pequeños asertos hasta dilatadas disertaciones sobre lo que se había visto.

Pasaron las semanas y el rumor se disipó el día en que se fundó un comité teológico para el análisis de los acontecimientos místicos en el espacio. No estábamos preparados para eso. Iba a ser una broma y había desatado, ignorábamos cómo, la creación de un grupo dedicado a su infalsabilidad.

Una noche nos gritamos pensando en qué hacer, y entre cannabis sintético y tiempo llegamos a la nueva idea de que teníamos que elevar al mesías holográfico. Esta vez tomamos un proyector de otra habitación y un equipo sonoro, y al atardecer hicimos que la figura de Cristo Rey levitase sobre los campos que habíamos sudado nuestro esfuerzo.

Los siguientes meses fueron tan divertidos como limitantes. Todo el mundo había vuelto a teorizar, y todas las teorías obviaban sibilamente la idea de que la broma era real. Ninguno de ellos, en treinta y cuatro tesis, concluía que lo más probable era un engaño. Conteníamos las risas en lugares públicos, evitábamos hablar en privado y al volver a la cama nos regodeábamos con la idea de que estábamos causando un efecto.

Pero la broma se nos fue de las manos cuando empezaron a llegar turistas, domingueros espaciales que traían a su familia hasta la cubierta de la Abadía. Hacían muchas preguntas, siempre tenían a los críos llorando y de vez en cuando preguntaban por souvenirs.

Por aquel entonces no estábamos dispuestos a revelar la verdad hasta que se disipasen las visitas. En otros lares las crónicas criticaban la superchería del fenómeno, que

nuestros compañeros ya atribuían a la divinidad.

La insistencia llevó a la creación de un centro cívico sobre el advenimiento donde sí se ofrecían souvenirs. En el museo se explicaban las apariciones, quiénes habían sido los protagonistas y había un apartado dedicado a textos bíblicos relacionados. Uno de ellos citaba la Revelación Secular de Mongan Prim, en su versículo decimotercero del párrafo cuarto del capítulo mil novecientos ochenta y nueve, donde se hablaba del trece de mayo para el próximo advenimiento.

Después de ver aquello pasamos hablando hasta la madrugada. Las implicaciones de lo que pasara ese día podían ser demasiado grandes y la abadía se jugaba algo más que su dinero; la reputación era algo que pretendíamos mantener.

Fabricamos quince cohetes en la sala de ciencia. Fue difícil conseguir que nadie preguntara. Íbamos a revelarnos. No podíamos dejar que la broma fuese más lejos, por el bien del futuro cercano de nuestro monasterio. Era tiempo de cargar con las consecuencias.

Se acercaba el día y no veíamos el momento de reunirnos a hablar. No queríamos, pero debíamos, hacerlo. Probablemente no nos expulsarían por la crisis perpetua que el credo tiene en estos tiempos post-Jerusalem.

Llegaron periodistas, timadores horoscoperdidos con sus grupos de meditación, gente de otros monasterios y conventos, muchos turistas y alguna emisión en directo. Se había organizado una misa en memoria de los milagros, que nosotros habíamos infestado de cohetes.

El Obispo Planetario subió al púlpito y comenzó a orar cuando los fuegos de artificio explotaron desde las vidrieras superiores. La gente gritó y se agitaron antes de lo previsto, pero la mayoría no se movió del sitio. Habían estado carcomiéndose por dentro y, fuesen a morir o no, habrían quedado petrificados por ver cumplidas sus expectativas.

Salimos de debajo del altar, cubierto con mantel. Como monaguillos confundidos, nos introdujimos con un “fuimos nosotros y no Dios”. A eso le siguió un “nuestra más sincera disculpa”, “se nos fue de las manos” y “no volverá a pasar”. Guardaron silencio unos segundos que pesaron mucho, cuando alguien nos empezó a insultar, nos agarró y entre varios nos condujeron fuera del recinto. Creo que vimos la deportación en los ojos del otro.

Media hora más tarde hablábamos con un Abad muy enfadado. Esperamos que estuviese enfadado por todo el asunto, pero sólo lo estaba porque habíamos intentado mancillar los milagros. Ante nuestra incomprensión tratamos de explicarle la historia y nuestra autoría, pero se nos negó hasta la prueba empírica. Dijimos que la gente ve lo que quiere ver y escucha lo que quiere escuchar y lee lo que quiere leer. Nos dijeron que más que ofender era zafio que nos intentásemos aprovechar de una obra divina.

Así que renunciamos a nuestros votos y ahora vemos desde la taberna cercana cómo nuevos comensales visitan la abadía.